

ARIÓN Y LOS PIRATAS

Arión y los Ueshabee de Nibiru

por Conrado Bocanegra

El nacimiento del príncipe Cástor



Cástor nació en un lugar de la cordillera del Parnón, cerca de Esparta, a la sombra de una vieja encina. Su padre, el rey Agis, y su madre, la reina Cinisca, participaban en una cacería de leones. Cinisca, a pesar de estar embarazada, no quiso perderse la emoción de la caza y, sin dudarlo, acompañó al rey y a un grupo de cazadores en su incursión por las montañas.

En aquellos días, la paz en Esparta era estable porque el rey Agis había vencido a todos sus enemigos de Laconia y los hombres y mujeres libres de Esparta podían dedicarse a la caza. Cinisca tenía dos perros molosos de constitución musculosa, con mandíbulas fuertes, cabezas grandes y hocicos cortos. Entrenados para ser sus guardianes personales, los perros de Cinisca, llamados Melas y Trasos, eran tan fieles y bravos como cualquier hoplita.

Una mañana, Cinisca se despertó sabiendo que el pequeño bebé que llevaba dentro quería salir. Avisó al rey de que su hijo estaba a punto de nacer, y este se ofreció a quedarse con ella, pero la reina se opuso y se quedó rezagada mientras el rey y los cazadores avanzaban en busca de un grupo de leones, liderados por un gran león de las cavernas, que había sembrado el pánico en el valle. El rey acomodó a Cinisca bajo la sombra de una encina y partió con los demás cazadores en la mañana, siguiendo la pista de la bestia.

“Los leones están cerca. Volveré pronto”, dijo el rey Agis al partir.

No se equivocaba. Al poco rato, encontraron a los leones devorando un ciervo en un pequeño claro del bosque. El rey ordenó a sus soldados que se colocaran en posición de combate, los tres lanceros con sus escudos al frente y un arquero en la retaguardia. Agis gritó con fuerza para captar la atención de los leones. Los dos más pequeños huyeron hacia el bosque tras escuchar el fiero grito del rey, pero el gran león de las cavernas decidió defender su presa y se encaró a los cazadores con un rugido fuerte. Uno de los hoplitas, el más valiente, se adelantó sigilosamente protegiéndose con el escudo. El león dio un salto inesperado, derribó a su oponente y lo abatió con un golpe fuerte que lo dejó gravemente herido. El rey saltó sobre el león en defensa de su guerrero más valiente. Ahora estaban uno frente al otro, rey contra rey, bravura contra bravura, realeza contra realeza. El arquero quiso disparar una flecha, pero el rey se lo prohibió. Sería él quien matara a la bestia en un combate entre iguales.

Así sucedió. Cuando el león se impulsó con las patas traseras para abalanzarse contra el rey, este le clavó la lanza en el corazón, hiriéndolo de muerte. El temible león de las cavernas cayó muerto y el rey Agis se convirtió, en aquel justo momento, en un héroe para todo el pueblo espartano.

Al poco tiempo de que el rey marchara, Cinisca finalmente rompió aguas. Se acomodó bajo el árbol y esperó pacientemente con Melas y Trasos a su lado. Los dolores del parto no tardaron en llegar. Cinisca bebió y respiró hondo para tranquilizarse, tal como había hecho durante el parto de su primer hijo, Agesilao. Los dolores eran cada vez más intensos y la reina no pudo contener un grito de dolor. El pequeño bebé ya estaba naciendo. El grito de Cinisca atrajo la atención de los dos leones que habían huido de la cacería del rey. Hambrientos, vagaban por el bosque en busca de alimento.

Melas y Trasos notaron la presencia de los leones, que estaban al acecho detrás de unos arbustos. Nerviosos, se alzaron y se pusieron en guardia, atentos a todos los ruidos que provenían del sotobosque. Melas, el más valiente, empezó a gruñir. Estaba impaciente por entrar en combate. Trasos, el más ágil, tenía la vista fijada en un punto perdido en el interior del bosque. Intuía que el peligro podía estar allí.

Uno de los leones apareció lentamente entre los arbustos. Avanzaba sigilosamente mostrando toda la musculatura de sus hombros. Se detuvo un instante para mirar a la reina y al pequeño bebé, que ya había nacido. El león siguió avanzando lentamente. Melas y Trasos le cerraron el camino. Melas se abalanzó contra la fiera para morderlo y Trasos se lanzó letalmente al cuello del león. La bestia se defendió con un manotazo que lanzó a Melas hacia los arbustos, pero Trasos no soltó a su presa y, a los pocos momentos, el león cayó muerto.

La reina suspiró y cortó el cordón umbilical que la unía a su bebé. Con el pequeño en brazos se acercó a Melas, que se hallaba herido. Trasos había vuelto a adoptar una postura defensiva y seguía gruñendo; la reina se dio cuenta de que el peligro todavía no había pasado. El bebé empezó a llorar y lo dejó junto a Melas, que comenzó a lamerlo como si fuera su propio cachorro. El segundo león apareció y rugió ferozmente. La reina cogió una lanza y un escudo y se plantó delante del león junto a Trasos, impidiéndole el paso hacia el pequeño bebé. Trasos saltó de nuevo al cuello del león, pero este se defendió bravamente y clavó uno de sus colmillos en el perro. Trasos gimió de dolor mientras la reina avanzaba hacia el león clavándole la lanza en el pecho. No alcanzó su corazón y el león rompió la lanza de un manotazo y siguió avanzando hacia la reina, que ahora solo se defendía con el escudo. Melas había recuperado las fuerzas y, al salir de detrás de la reina, se abalanzó contra la fiera, entablado una feroz lucha en la que ambos animales querían morderse mutuamente. Melas cayó muerto y el león, aunque malherido, volvió a encararse a la reina.

Cinisca, al ver a su hijo amenazado, ocultó al bebé tapándolo con el escudo, agarró el cuchillo con el que había cortado el cordón umbilical y se encaró al león.

El león avanzaba lentamente, midiendo la distancia. Sus músculos se tensaron. Cinisca no sentía miedo, sino una determinación feroz y primitiva. Ahora, era una espartana en el campo de batalla. Desde niña, había sido educada y entrenada para vencer el miedo en momentos de peligro.

Entonces gritó. El león respondió con otro rugido, más fuerte, y saltó.

Cinisca levantó el cuchillo, dispuesta a recibir el impacto, a interponerse, a hacer lo que fuera necesario para salvar la vida de su hijo, pero antes de que la bestia cayera sobre ella, el silbido de una flecha cortó el aire.

El león se desplomó a sus pies, inerte.

Desde un resalte de roca, el rey bajó el arco. Había visto la lucha de los perros, el avance del león, la figura de su esposa enfrentándose a la muerte. Sus ojos, normalmente duros, estaban abiertos de par en par.

—Cinisca... —murmuró mientras descendía apresuradamente.

Ella no respondió. Solo se arrodilló junto al escudo, lo levantó con cuidado y comprobó que el bebé seguía respirando, ajeno a todo. Cuando lo tomó en brazos, el pequeño emitió un quejido suave, como si protestara por haber sido despertado.

Cinisca sonrió, exhausta. El rey llegó a su lado y se quedó en silencio, observando a su familia.

—No tenías que haber intervenido —le recriminó ella—. Ya era mío.

ARIÓN

www.mundodearion.com